

no fué más que una leyenda y que no hubo tal Concilio ni tales joyas empeñadas. «No hubo otro congreso», leo en Blasco Ibáñez, quien de seguro lo sabe de buena fuente, «que una controversia por encargo real con los profesores de la Universidad de Salamanca, y en esta disputa científica, celebrada en el Convento de San Esteban, el profesorado se mostró contrario al descubridor, mientras los monjes dominicos y otros religiosos aceptaban sus planes como verosímiles. Esto se comprende. Los frailes miraban al místico Colón como un allegado suyo, y además eran sacerdotes de vida popular, habituados al contacto con las poblaciones de la costa, que hablaban frecuentemente de las tierras nuevas. La ciencia fué la única que se opuso a los proyectos del descubridor, como tantas veces la hemos visto oponerse a toda innovación. No hay que burlarse por esto de los catedráticos de Salamanca, ni considerarlos ignorantes. Sabían lo que podía saberse en su época y defendían sus conocimientos. Un niño de hoy sabe más que ellos y puede reírse de su ciencia; pero falta saber cómo reirán los escolares del siglo XXV de los sabios que ahora veneramos.

Nadie ha guardado un extracto de esta disputa de Salamanca; únicamente se sabe que los catedráticos negaban a Colón que en tres años pudiese ir y volver, como afirmaba, desde España a la costa oriental de Asia. Y en esto tenían razón. Ellos poseían una idea más exacta del tamaño de Asia y del tamaño de la tierra; daban al océano desconocido un espacio semejante al que ocupan el Atlántico y el Pacífico juntos y lo tenían por inmenso e infranqueable para los medios de navegación de entonces. Pero los pobres sabios de Salamanca, lo mismo que Colón, ignoraban la existencia de América, y América, cansada de vivir en el misterio, salió al paso del navegante, el cual murió ignorándola. Y resultó que los que tenían una noción de la tierra más aproximada a la verdad quedaron ante la Historia como unos borricos, y el visionario que basaba sus planes en que «el mundo es más chico que dicen, y seis partes de él están enjutas y una sola con agua», aparece como un sabio consagrado por el triunfo. Suprimamos en hipótesis el Nuevo Mundo y pensemos qué hubiera sido de Colón, que creía la tierra una tercera parte más pequeña y las costas de Asia a unas setecientas leguas de las Canarias; teniendo que navegar a través de todo el Atlántico y de todo el Pacífico hasta encontrarse con las islas del Japón o las costas de la China. ¡Un absurdo! Una cosa imposible teniendo en cuenta lo que eran las carabelas, su escaso repuesto de víveres y la ne-

cesidad de descansar en oportunas escalas. Hubieran perecido al insistir en la empresa, o lo que es casi seguro, se habrían vuelto. Para llegar solamente a las Antillas, el mismo Colón sintió desmayar su voluntad en el primer viaje más de una vez, lo que no es raro, pues la fe más sólida flaquea al verse sumida en lo desconocido. Cuando llevaba navegadas setecientas leguas comenzó a dudar si el Asia estaría más lejos de lo que él creía, y fué entonces cuando Pinzón el mayor, el férreo Martín Alonso, con la testarudez de los hombres enérgicos que esperan salir de un mal paso atropellándolo todo, le gritaba desde su carabela, Adelante! Adelante!»

Ahí tienen ustedes el caso que debemos hacer de las mentiras que nos enseñan en las escuelas. Todavía está vivo entre mis recuerdos de estudiante un cuadro que había en el colegio de Cartago. En él aparecía Colón sentado en un escaño casi cubierto de libros y de mapas, la fisonomía entristecida por la incomprensión de sus ideas, pero al propio tiempo iluminada de la fe interior en su verdad, es decir, en *la Verdad*. Al lado y detrás de él los monjes sonreían socarronamente, debajo de sus mangas, que por cierto las tenían muy anchas. Ah! cuánto odio me inspiraron aquellos frailes gordos y risueños que negaban que la tierra fuera redonda, como si quisieran hacer un monopolio de la redondez para sus panzas satisfechas! Los pobres frailes me perdonen de la inquina gratuita que les tuve de muchacho.

Volvamos a nuestro asunto. Es el año 1492 Colón ha firmado un tratado con sus Majestades Católicas en virtud del cual se le asegura el título de Gran Almirante, el Virreinato de las Indias que descubriese, el monopolio del Comercio, etc., etc. Como se ve Colón, hombre de negocios, no le

iba en zaga a Colón, hombre de descubrimientos. Aquí se echa de ver bien su origen genovés que algunos han querido poner en duda. Probablemente sepan ustedes que hay quienes lo creen gallego, fundándose en que por aquel tiempo existía en Pontevedra una familia de Colones y en una serie de circunstancias y detalles larga de enumerar. Yo en estas disquisiciones eruditas no tomo partido y me limitaré a decir que sentiría que Colón hubiera nacido gallego, pues que de ser así, el descubrimiento de América vendría a resultar nada menos que una gallegada.

Según el tratado de Santa Fe a que me referí antes, Colón tenía derecho también a barcos y a una pequeña subvención de la Corona. Nadie ignora que después de tanto pelear contra el infiel, los Reyes andaban escasos de dinero. La guerra de los moros siempre ha sido un mal negocio, aunque haya quienes piensen lo contrario (el Conde de Romanones entre otros). Como el millón de maravedíes no bastaba y la orden real de que le fueran entregadas las embarcaciones no era acatada, ni las gentes querían alistarse para el viaje, la empresa parecía condenada a fracasar cuando un marino adinerado de Palos de Moguer, se presentó en su auxilio. No quiero perdonar la oportunidad de citar otra vez a Blasco Ibáñez.—Ustedes se servirán dispensar que saque todas mis citas históricas de una novela a cuyo autor nunca ha sonreído maternalmente ni mucho menos la musa Clío, aunque tenga a su cuenta varios volúmenes de historia sobre la guerra europea, pero es el libro que tengo más a la mano mientras escribo.—«Y en este apuro, cuando veía su empresa próxima al fracaso, Martín Alonso Pinzón, el rico de Palos, el viejo armador, que podía descansar para siempre de las penalidades del océano, se

Si pesca un dolor de cabeza
tome Obleas Cefálicas

Tienen
cafeína

